14257

Marro 19/69

ABD-EL-RHAMAN III,

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. MANUEL OSSORIO Y BERNARD

Y

D. FRANCISCO MUÑOZ Y RUIZ.

MADRID:
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1869.

2024

L47 - 5779

L47-5779

ABD-EL-RHAMAN III.

José Rodrigues

4V-5

ABD-EL-RHAMAN III,

DRAMA HISTÓRICO

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. MANUEL OSSORIO Y BERNARD

Y

D. FRANCISCO MUÑOZ Y RUIZ.

Estrenado con aplauso en el teatro de Novedades en la noche del 12 de Enero de 1969.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.

PERSONAJES.	ACTORES.
BLANCA (Bajo el nombre de Moraima).....	Doña Rosa Tenorio.
FÁTIMA.....	Doña Micaela Roca.
ABD-EL-RHAMAN.....	Don Rafael S. Ibarra.
EL MUSLIN.....	Don Donato Jimenez.
ALFONSO (trovador cristiano).....	Don Juan Mela.
ABDALLAH.....	Don Segismundo Cervi.
EL BARR.....	Don José Diez.
UN VISIR.....	Don Alfredo Cirera.

Soldados moros, esclavos y esclavas.

La escena en Córdoba: año de 950.

La propiedad de esta obra pertenece á sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de os derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL PRIMER ACTOR

DON RAFAEL S. IBARRA.

Querido amigo: Al dar á la estampa nuestro pobre drama, expresamente escrito para tí, seríamos injustos no consagrándote un recuerdo en su primera página. Al encabezar, pues, con tu nombre, esta dedicatoria, cumplen un gratísimo deber

Los Autores.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un jardin frondoso; á la derecha del espectador se distinguirán vagamente algunas luces, y á la izquierda una enramada con dos ó tres senderos practicables. Á la derecha y ultimo término una fuente con peldaños, rodeada de flores.—Es de noche.—En el momento de levantarse el telon se oirá música en el fondo, y el ruido que produce una fiesta.

ESCENA PRIMERA.

ABDALLAH, sólo.

VOZ. (Dentro.)
Que viva Abd-el-Rhaman! Alá reserve
prósperos años para el gran kalifa!

ABDAL. (Entrando precipitadamente por la derecha y pasean dose agitado.)
Oh! Cual á mi envidioso pecho llega
el eco aborrecido de esos vivas.
Quiero apartarme de la turba ansiosa
y de la noche respirar las brisas
y hasta aquí me persiguen esas voces...
hasta aquí me persiguen vengativas.

VOZ. (Dentro.)
Viva El-Haken!

ABDAL. Tambien para mi hermano
el entusiasmo popular se inclina:

tambien le reconocen una herencia
de que el nacer más tarde á mí me priva!
Cuánto más me valiera en el combate
morir cual bravo en sanguinosa lidia
que arrastrar la existencia miserable
que el más abyecto esclavo envidiaria.
Qué martirio! Y sufrirlo debo siempre?
Con el orgullo que mi hermano anida
no puede transigir la independencia
del hijo de Abd-el-Rhaman. Su sonrisa
como un puñal clavándose en mi seno,
ha hecho nacer el ansia vengativa
que mi pecho destroza y que en el alma
al querer penetrar la martiriza.

VOCES. (Dentro.)
Viva el Haken!

ABDAL. Haken, siempre ese nombre,
y hasta he notado que su amor dedica
á la mujer por quien mi pecho siente
un ansia que le fué desconocida
hasta ahora... Corramos al encuentro
de El Barr y del Muslin! Ellos mis cuitas
calmarán con las nuevas de la empresa
en que está mi ambicion comprometida!
Y si logro cumplir mi plan sangriento,
ese pueblo, humillando la rodilla
ante mi sólio, pagará con creces
sus repetidos y entusiastas vivas.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA II.

BLANCA y FÁTIMA salen por la derecha.

BLANCA. Cuán tarde debe ser...

FAT. Por la impaciencia
que amor hace nacer, harto se explica
tu ansiedad; pero el sol hace un momento
que acaba de ocultarse á nuestra vista.
Espera, que de Alfonso la llegada
no puede ya tardar, Moraima mia.
(Se va por el fondo izquierda.)

ESCENA III.

BLANCA, sola.

Esperar, esperar, cuando en amores
la ansiedad por do quiera se respira,
siendo ponzoña del amante pecho
el beso blando de la dulce brisa,
la calma triste de la hermosa noche,
el rumor de las ondas cristalinas,
si él no se halla á mi lado. (Escuchando.)
Alguno llega.
el corazon me anuncia su venida.

ESCENA IV.

LA MISMA, FÁTIMA, y despues ALFONSO.

FAT. Señora ya está ahí.
BLANCA. Guarda tu puesto,
y si escuchas rumor, al punto avisa.
FAT. Bien está; más no olvides que tu ausencia
pueden notar.
BLANCA. Alfonso!
ALF. Blanca mia.
BLANCA. Mi trovador gentil...
ALF. Prenda adorada,
ante cuya hermosura se extasía
con placer y con pena á un mismo tiempo
el alma enamorada y dolorida
de este pobre infeliz, sin esperanza
de poder alcanzar nunca la dicha.
BLANCA. Sólo la muerte destruir pudiera
mi firme voluntad; mas si atrevida
hasta mi casto lecho se acercase
blandiendo la segur con mano impía,
del moribundo labio, un «te amo, Alfonso,»
en mí postrer gemir recogeria.
ALF. Entonces, por qué dudas? no me niegues
la dicha tanto tiempo apetecida.
Habla, y la fuga...

BLANCA. Con accion villana
quieres que pague la amorosa cuita
del que bendigo cual si fuera un padre?
Jamás.
ALF. Entónces...
BLANCA. Religion divina
sellada con la sangre del martirio,
que fe, esperanza y caridad predica,
no es la fe en que vivimos? Dí, no es esa
la enseña que en el mundo purifica?...
No abjuré por tu amor, de mis mayores
las bárbaras costumbres y doctrinas,
á riesgo de morir entre tormentos
si llegan á saber mi apostasía?
No me llamo Moraima para todos
y Blanca sólo para tí? No brilla
una felicidad eterna y santa
tras las borrascas de existencia mísera?
Confia en Dios, mi Alfonso.
ALF. Blanca, Blanca
luz y consuelo de la vida mia,
acalla los escrúpulos pueriles
que destruyen mi amor, y fugitivas
pronto las horas, para siempre unidos
correr veremos en remotos climas.
BLANCA. Calla por nuestro Dios; con tus palabras
me hicieras vacilar; no, no prosigas...
ALF. No recuerdas, mi Blanca, aquel momento
en que posaste tu mirada límpida
sobre el bardo infeliz por vez primera,
para dejar mi voluntad cautiva?...
Era una tarde del estío hermosa,
alegre cual del niño la sonrisa,
brillante con el sol que arde tan sólo
en el cielo feliz de Andalucía.
Yo, que alejado de la madre patria,
por montes, por ciudades y campiñas
sustento y proteccion do quiera hallaba
cantando á los acordes de mi lira,
gusano vil que despreciara el moro,
indigno de su saña vengativa,
llegué á las puertas de ese real palacio,

del que si vivo entré, salí sin vida.
Celebrábanse justas literarias,
y el gran Abd-el-Rhaman las presidia...
Allí me encadenaste, y desde entónces
mi existencia á tu amor se encuentra unida.
En trovas dirigí mis sentimientos,
en trovas querelléme noche y dia...
y al fin, una palabra de tus labios
me dedicaste al par de una sonrisa...
Celos me causas si te miro triste,
celos tengo del aire que respiras,
maldigo mi existencia si sollozas,
me hace perder la calma tu alegría,
y si tu vista sorprendiera errante,
de amorosa ansiedad el alma herida,
libre al fin de su cárcel de amarguras
á los piés del Eterno volaria!

BLANCA. Inútil lamentar.

ALF. Recuerda, Blanca,
que la serpiente, astuta se avecina
al nido de la cándida paloma,
y vigilante un dia y otro dia
cae por fin sobre la inerme presa;
recuerda que Abdalah...

BLANCA. Y aún imaginas
que á una pasion maldita por el cielo
pudiera yo acceder?...

ALF. Cual sombra impía
te persiguió, quizás aún te persigue.

BLANCA. Siempre me encuentra indiferente, altiva.

ALF. Mas si á tu padre se atreviera osado
tu mano á reclamar...

BLANCA. Tuya es mi vida...
Mas silencio...

FAT. (Entrando.) Moraima, álguien se acerca.

BLANCA. Huyamos por aquí.

ALF. Naciente el dia
verá trovando á tu rendido amante
al pié de la entornada celosía.

(Fátima y Blanca vánse por la derecha. Se oye ruido de voces que van acercándose. Momento de vacilacion en Alfonso.)

Ya están ahí... lejano de la fiesta
pudieran sospechar... y ya la huida
es imposible... Aquí, junto á esta fuente
fingiré que rendido á la fatiga
dormido me quedé; despues que pasen
buscar podré en el muro la salida.

ESCENA V.

ABDALLAH y EL BARR, entrando por la izquierda.

EL BARR. Serena un punto tu frente
y aquí un instante respira,
Abdalah.
ABDAL. ¿Nadie nos siente?
EL BARR. No oyes cuál goza la gente?
ABDAL. Ojalá fuese mentira!
EL BARR. Cercano al triunfo te hallas,
y con infantiles dudas,
cuando no es tiempo, batallas...
ABDAL. El Barr, vencer supe vallas
de tropas fieras, sañudas;
desafié en mi corcel
las iras del firmamento,
y á veces contra el infiel
mostrar pude mi ardimiento,
muertos pisando en tropel.
Ni al temor le dí cabida
jamás, ni amparo en mi pecho
tuvo la duda, y mi vida
expuse por el despecho
en más de una accion reñida.
Pregunta al audaz cristiano
si dí muestra de pavura
en algun combate insano;
dile si tembló mi mano
blandiendo la lanza dura.
Pero hoy me falta el valor.
Ser traidor, ¡Alá me valga!
mi rostro enciende en rubor.
EL BARR. Si das entrada al temor,
déjale que al rostro salga.

Consiente que Haken tu hermano
mire su dicha completa,
déjale apurar ufano
todo el poder soberano
que le da Córdoba inquieta.

ABDAL. El Barr!

EL BARR. Te ofende que yo
te hable así, no es cierto? Pero
medita en cuanto pasó:
puedes andar el sendero
todo, desandarlo no.

ABDAL. Es verdad!

EL BARR. Ya tus parciales
hacen aprestos marciales
para lanzarse á la lucha.
(Movimiento de Alfonso.)

ABDAL. Silencio!

EL BARR. Ninguno escucha.
Mece el viento los rosales.

ABDAL. Creí que extraña presencia
turbarnos pudiese ahora.
Dime, El Barr, si esta impaciencia
no es de criminal conciencia
la señal aterradora.
Dime si la turbacion
que hoy siento no es el castigo
que engendra mi misma accion:
Dime, en fin, si la ambicion
no es mi mayor enemigo.
Y aunque lograse acallar
los escrúpulos que siento
¿qué podré al cabo lograr?
¿quién me auxiliará en mi intento?
¿quién por mí querrá luchar?

EL BARR. Mal el corazon humano
conoces: la misma plebe
que aclamando está á tu hermano,
la gratitud que le debe
robará á su soberano.
Los soldados, cuya vida
transcurre, sin lucha, ociosa,
te apoyarán en seguida,

prefiriendo fratricida
guerra á quietud vergonzosa.
Y si aún reputas liviano
su auxilio en esta ocasion,
otro te ofrece cercano
con su ejército cristiano
don Ramiro de Leon.
Dispuestas tambien están
Santaren y Zaragoza
en tu auxilio.

ABDAL. Cruel afan!

EL BARR. Y mientras alegre goza
en la fiesta Abd-el-Rhaman,
lejos aquí del rüido
combinar puedes en tanto
tus planes.

ABDAL. Y aún no ha venido
El Muslin, el hombre santo,
por quien mi anhelo ha nacido...

EL BARR. Por la Kaaba venerada
juró venir este dia.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, EL MUSLIN.

MUSLIN. (Que se ha ido acercando á ellos sigilosamente.)
Y á su palabra empeñada
no falta nunca por nada
Muslin, al que en ella fia.

EL BARR. Alá te salve, señor.

MUSLIN. (Con hipocresía siempre, y como inspirado.)
Y á vosotros, hijos mios,
bendice este pecador.

ABDAL. (Ap.) No sé qué oculto temor
hace decrecer mis bríos.

MUSLIN. Yo, que estudio lo futuro;
que el porvenir se me alcanza;
yo, por nuestro Dios te juro,
que ha pesado en su balanza
lo probable y lo seguro
de tu suerte.

ABDAL. No adivino...
MUSLIN. Marcado por dios está
para siempre tu destino.
ABDAL. Y dice...
MUSLIN. Que llegas ya
al término del camino.
ABDAL. Oh!...
MUSLIN. Yo de tu Dios abono
la sentencia: Él te dió en suerte
de Córdoba el alto trono...
ABDAL. Y á mi padre?
MUSLIN. El abandono.
ABDAL. Y á mi hermano Haken?
MUSLIN. La muerte.
ABDAL. La muerte!... No puede ser...
Nunca manchará mi mano
tan bárbaro proceder.
MUSLIN. Dios lo ha dispuesto!
ABDAL. Mi hermano...
MUSLIN. Haken debe perecer.
ABDAL. Oh... nunca!
MUSLIN. Nunca! Y quién eres
para despreciar los fines
de Dios? En su nombre hieres...
EL BARR. Tus escrúpulos rüines
más propios son de mujeres.
MUSLIN. Lloras? Ocultas la cara?
El brazo de un Dios severo
que eres, Abdallah, repara!
Cuando el arco se dispara,
dándole muerte á un guerrero,
quién á los juicios se opone
de Alá? Quién puede decir
que una muerte se propone?
Quién se atreverá á eludir
lo que el grande Alá dispone?
Haz que su órden sea cumplida,
gusano que te crees libre:
deja que el arco despida
la flecha y al viento vibre
buscando ansiosa una vida.
ABDAL. Mas la vida de un hermano...

es imposible!

MUSLIN. Demente!
Luchar con Dios es en vano.
Hunde en el polvo la frente
y acata luego el arcano! (Pausa.)

ABDAL. Sí, tienes razon.

MUSLIN. (Ap.) Victoria!

ABDAL. Pierda mi hermano la vida,
y dé principio mi gloria,
aunque me tache la historia
de rebelde y fratricida.
Pronto estoy, pues, á luchar:
dime qué es preciso hacer
para el objeto lograr.

MUSLIN. Saber primero esperar
y luchar luego saber.

ABDAL. Aún esperar? La impaciencia
no notas que me devora,
Muslin? ¿Cómo, dí, en tu ausencia
veré con indiferencia
correr una y otra hora?

MUSLIN. Pues bien, ya está muy cercana
la aurora que tanto ansía,
por la que tanto se afana
tu mente...

ABDAL. Cuándo?

MUSLIN. Mañana
de tu triunfo será el dia.

ABDAL. Mañana!

MUSLIN. Sí: prevenido
tengo ya todo, y espera
mis órdenes decidido
todo el cordobés partido
que por jefe te venera.

ABDAL. Mañana!

MUSLIN. Cuando al confin
llegue el sol del horizonte,
á la voz del muezzin
saldrán guerreros sin fin
de la llanura y del monte.
Ocultos en cien guaridas
por todos desconocidas

sólo espera tu mandato
para ofrecerte sus vidas
y elevarte al kalifato.
Pero, para entrar aquí
pretenden ver confirmado
cuanto ya saben por mí.
¿Hallarán auxilio en tí
en cualquier momento dado?

ABDAL. Aun dudas?

MUSLIN. No por mi fe.

ABDAL. Pues bien, de la habitacion
que tengo en el torreon,
toda la sierra se ve
en prolongada extension.
En su más alta ventana
que en los celajes se pierde,
cuando anochezca mañana,
haré brille una luz verde
en sus labores de grana.
Ella será la señal
de la lucha.

MUSLIN. Y su fulgor
gloria te dará inmortal;
pronto tu pueblo leal
te aclamará por señor.

EL BARR. Nos aguarda el soberano.

MUSLIN. Silencio ¿no habeis oido?

ABDAL. (Reparando en Alfonso.)
Un hombre allí... hado tirano!

EL BARR. Parece que está dormido.

ABDAL. Es el trovador cristiano,
que há tiempo en Córdoba mora
favorecido á porfía,
pues con música sonora
en su dulce poesía
inflama, cautiva ó llora.

MUSLIN. Somos perdidos, si acaso
nos escuchó.

ABDAL. No lo creo.

MUSLIN. Averiguarlo es del caso.

ABDAL. Qué intentas?

MUSLIN. Sólo deseo

evitar cualquíer fracaso.

(Arrebata el puñal que lleva Abdallah en la cintura.)

EL BARR. Qué vas á hacer?

ABDAL. (Ap.) Va á perderme.

MUSLIN. Silencio: quiero una prueba.

ABDAL. Tente, que es un hombre inerme.

MUSLIN. El crímen mi alma reprueba,
nada temas.

(Se dirige á Alfonso y le pone dos veces su puñal al pecho, y al ver que no se mueve exclama.)

Duerme... duerme...

EL BARR. Vamos ya, donde liviana
goza la córte, ignorante
de lo que ha de ser mañana.

MUSLIN. Piensa que el pueblo anhelante
ve su triunfo en tu ventana.

(Vánse por la derecha hácia el fondo.)

ESCENA VII.

ALFONSO, solo.

Parece que ya se alejan.
Oh, cuál sufrió el alma mia
escuchando á esos infames.
Yo haré que mi Blanca misma
hable al kalifa y le advierta
cuánto su trono peligra.
Pero ¿me creerá mi Blanca?
Pensará que una mezquina
rivalidad?... Imposible.
Ella que en mi amor se fia,
¿cómo abrigar puede dudas
de nuestras almas indignas?
Todo lo sabrá Abd-el-Rhaman;
pruebas le daré cumplidas
del peligro en que se encuentra;
y si vence la perfidia
que le acecha, toda Córdoba,
que en él su ventura cifra,
sus paternales mandatos

obedecerá sumisa.

VOCES. (Dentro.) Viva Abd-el-Rhaman!

ALF. Prudencia.
Esas antorchas me indican
que hácia aquí el kalifa llega
con toda su comitiva.

ESCENA VIII.

EL MISMO, ABD-EL-RHAMAN, que entra apoyado en BLANCA, ABDALLAH, detrás el MUSLIN, EL BARR, visires, soldados, damas y pueblo.

ABD-EL. Y cómo hallándose en Córdoba
no se presentó á mi vista?
Júzgame tal vez contrario
de quien las letras cultiva,
ó le acobarda el palacio
al cantor de las campiñas?

ABDAL. Lo ignoro; casual encuentro
tuve con él hace dias,
y no he vuelto desde entónces
á verle.

ABD-EL. Y es tan legítima
su fama. El Barr! Tú que entiendes
de achaques de poesías
¿qué cuentas de él?

EL BARR. Que en creencias
á la fe agenas se inspira,
y que sus pobres canciones
mucho de las vuestras dictan.

ABD-EL. Cuida, El Barr, que tus palabras
no traduzcan por envidia,
pues en las pasadas fiestas
venció á la tuya su lira.

EL BARR. (Ap.) Oh! Pronto de tu desprecio
me vengaré.

MUSLIN. (Reparando en el sitio en que fingió dormir Alfonso.)
Aquí dormia,
no hay duda.

ABDAL. Allí está el cristiano,

padre.

BLANCA. Sus trovas dulcísimas
de que las oiga un poeta,
tan grande cual tú son dignas.

MUSLIN. (Ap.) Pronto ha despertado.

BLANCA. Quieres
descansar?

(Varios pajes ponen sobre la tierra algunos almohadones en que Abd-el-Rhaman, Abdallah y Blanca se sientan. El kalifa en el centro.)

ABD-EL. Bien, hija mia.
Cristiano...

ALF. Señor...

ABD-EL. Acércate.

ALF. Prosternado ante tu pía
majestad, cuyas bondades
tan altas y puras brillan,
puedo estar solo.

ABD-EL. Levanta,
que el rey de la poesía
no está bien arrodillado
ante un viejo, cuya vida
trascurrió buscando siempre
la corona noble y digna
de la gaya ciencia, que orla
tu juvenil frente limpia.

ALF. Señor, tan grandes bondades
cómo pagar?

ABD-EL. Con tu rica
inspiracion, que es tesoro
que no se amengua ni fina.
Dinos varias de las trovas
tuyas.

ABDAL. (Con intencion. Desde este momento, El Muslin no aparta la vista de Alfonso.)
Las que te ocurrian
durante tu anterior sueño;
pues al mirar que dormias,
despertarte no he querido
hace un instante.

ALF. (Ap.) (Oh, falsía.)
(Alto.) Abd-el-Rhaman, mis canciones,

pobres en sí, necesitan
inspirarse en un asunto
grande: deja, pues, que diga
cuáles han sido las horas
más felices de tu vida,
y no adulador me juzgues
si tú mis cantos motivas,
pues todo el pueblo tus hechos
al referir diviniza.

ABD-EL. Sea, pues así lo quieres,
que es la vejez egoista,
y acaso tus pensamientos
renueven dichas antiguas.
Habla, y escuchad vosotros.

MUSLIN. (Á Abdallah.) Vigílale: no dormía.

EL BARR. (Á el Muslin.) Necesito luego hablarte.

MUSLIN. No temas y en mí descuida.

(Música piano en la orquesta.)

ALF. El gran kalifa un dia Abd-el-Rhaman tercero,
rendido de cansancio, rendido de calor,
en un frondoso bosque, lindante de un sendero
bajo un copudo arbusto dormido se quedó.
Al despertar del sueño notó que un aldeano
cortando estaba un árbol al son de su cantar.
La causa preguntóle y contestó el villano:
«Mi padre, que es muy viejo, no puede trabajar,
Esclavo, cual yo mismo, hacer esta tarea
mandóle el señor nuestro con fiera crueldad,
y ántes de que en su cuerpo se cebe la correa,
hacer quiero su parte, que ya mediada está.»
Entónces el kalifa cogió un hacha orgulloso
y auxilio dió al esclavo con tan constante ardor,
que á poco el árbol todo llenó la tierra hojoso
y así dijo el esclavo, limpiándose el sudor:
—«Adios, hermano mio, que el Dios Omnipo-
hijos te dé que hereden tu santa caridad. [tente
—Adios, dijo Abd-el-Rhaman, Dios te oiga á
[tí clemente
y dé pronto á tu padre la ansiada libertad.»
El padre como el hijo desde el siguiente dia
en libertad pudieron gozar de su virtud.
No importa que destruya tu accion mi poesía,

que ellos al cielo elevan su inmensa gratitud.

(Murmullos de aprobacion.)

ABDALLAH Y VARIAS VOCES. Honor al kalifa.

ABD-EL. Todos
lo mismo que yo obrarian:
hacer un bien, si es posible,
es cumplir la órden divina
nada más. Quien la desprecia
á sí mismo se castiga.
Pero no mintió el poeta:
prosiga el bardo.

VARIAS VOCES. ¡Prosiga!

(Música piano.)

ALF. Acometido de un accidente
cayó el kalifa, yerto y doliente,
junto á la puerta
de una mezquita.
Su pueblo en torno se precipita,
y al juzgar víctima de fiera parca
al buen monarca,
que nunca al pueblo causara enojos,
que nunca fuera causa de agravios,
lloran sus ojos,
rezan sus labios.
Pasó un anciano, que le bendijo:
pasó una madre llevando á su hijo
tierno en los brazos.
Mira, le dijo, rota en pedazos
nuestra esperanza,
nuestra ventura:
Alá te entregue su bienandanza,
Alá te guarde siempre en su altura.
Pasó un mendigo, que contristado,
—Tú eras el padre del desgraciado,
clamó con triste palabra inquieta:
salud eterna te dé el Profeta.
Y ancianos, niños, mujeres, hombres,
con sentimiento
le prodigaban mil dulces nombres,
le acompañaban con su lamento.
Pero su muerte ya repetida
de casa en casa, de choza en choza,

fué desmentida,
y el buen kalifa volvió á la vida,
y al pueblo entero que se alboroza,
dijo tranquilo:
Aunque la parca cortase el hilo
de mi existencia,
no de tal modo lloreis mi ausencia;
no de tal suerte,
vuestros clamores sientan mi muerte.
Qué mayor premio para mis hechos
que en vuestros pechos
tener su tumba? Qué mayor gloria
que conservarme vuestra memoria?

—

Dichoso el hombre por cuya vida
lanzan sus pueblos queja sentida;
á quien sus pueblos, vivo le adoran,
justo le ensalzan, muerto le lloran!
(Cesa la música.)

—

ABDAL. Me conmovió su palabra.
ABD-EL- Su galana fantasía
encanto le presta á todo
cuanto sus versos motiva.
Bien por el trovador.
BLANCA. Pobre
en la forma, por ser mia,
he de narrar del monarca
otro momento de dicha.
Hace diez y siete años
que en sanguinaria porfía,
rebeldes algunos pueblos
se alzaron contra el kalifa.
Corrieron rojas las aguas
desde Córdoba á Sevilla,
y el fuego dejó á su paso
pueblos enteros en ruinas.
Clemente fué en la victoria;
pero severo en la lidia
Abd-el-Rhaman, que á los suyos
sirvió en la lucha de guia.
Llegados junto á una aldea

en una noche tristísima,
en que el viento daba fuerza
al incendio que aun surgía,
entre los negros escombros
de algunas casas pobrísimas,
Abd-el-Rhaman lamentando
las discordias intestinas
del kalifato, marchaba
pisando fuego y cenizas.
De pronto, junto á una casa
desierta, ruinosa y fria,
creyó escuchar que lloraban;
la puerta empujó con prisa
y penetró en una estancia
donde, en un lecho tendida
y sollozando de angustia
se hallaba una pobre niña.
Sola, abandonada y yerta,
apenas tener podria
un año la criatura,
que al penetrar en la vida
pronta estaba á abandonarla
sin la entrada del kalifa.
Este la cogió en sus brazos,
la prodigó mil caricias,
y en su albornoz abrigándola
con cariñosa sonrisa,
las armas tiró sangrientas,
volvió á Merwan en el dia,
y á su lado desde entónces
siguió creciendo la niña.
Con paternales desvelos
siempre la tuvo por hija,
y ella, besando su mano
y respetuosa y sumisa,
quiere mostrar que en su pecho
la ingratitud nunca anida.

ABD-EL. Hija mia, grato vuelves
el invierno de mi vida.

MUSLIN. (Ap.) No sé qué emocion extraña
á mi corazon agita.

ALF. Las acciones generosas

de Abd-el-Rhaman, el kalifa,
se escucharán por mi boca
desde Astúrias á Castilla.

ABD-EL. Gracias, cristiano; á las horas
venturosas que registras
de mi existencia, bien puedes
añadir la de este dia.
Pide una gracia cualquiera,
que por más que fuera altísima,
al par que solicitada
será por tí conseguida.

ALF. Ni la ambicion fué mi norte,
señor, ni es justo que admita
gracias, que al no ser ganadas
deshonran siendo admitidas.
Errante de casa en casa
cruzo ciudades y villas
cantando amorosos goces,
llorando amorosas cuitas.
Libre soy como las aves
que en direcciones distintas
cruzan el viento y se posan
en ramas desconocidas.
Ser libre es mi afan primero,
y los ecos de mi lira
la libertad siempre buscan
y en la libertad se inspiran.
Así soy feliz y cruzo
la existencia así tranquila,
sin que penetren mi pecho
ambicion, odio ni envidia.
Nada quiero, nada busco,
y mi calma apetecida
no cambio por las riquezas,
pues supe en la infancia mia
que no hay flores tan preciadas
que no encierren sus espinas

ABD-EL. Tienes razon. Quién más rico
que el que nada necesita?
Mas por si algo lograr quieres
mientras en mi córte habitas,
en prenda de mi recuerdo

guarda esta pobre sortija,
que si es de valor escasa
te podrá ser utilísima
por no haber quien desconozca
esta prenda del kalifa.
(Se arrodilla Alfonso y toma la sortija.)
Ella te abrió las puertas
do mis casas y alquerías,
de mi palacio de Córdoba
y de mi cámara misma.

ALF. Gracias, señor; si lo acepto
es para que cada dia
me recuerde las bondades
con que tú, señor, me brindas.
(Óyese nuevamente música en el foro.)

ABD-EL. Mas la música nos llama
en la enramada vecina:
en ella celebrarémos
el fin de tan fausto dia.
Cristiano, ven á mi lado,
y cuéntame de tu vida
las extrañas aventuras
que á Córdoba te encaminan.

ALF. Señor...

ABD-EL. Vosotros en marcha,
no te apartes, hija mia,
que mi senectud tu apoyo
cuanto tu amor necesita.

ESCENA IX.

ABDALLAH, EL MUSLIN, EL BARR.

MUSLIN. Torpes y cobardes fuimos;
el trovador no dormia.

ABDAL. Maldicion!

MUSLIN. Ese mancebo
puede avisar al kalifa
y entónces...

EL BARR. En su silencio
todo nuestro plan estriba.

MUSLIN. Corre al lado de tu padre

y aléjale de su vista,
que nosotros...

EL BARR. (Indicando su puñal.) Respondemos
que calle toda la vida.

ABDAL. Corro al punto.

MUSLIN. Y no te olvides
de la señal convenida.
Mañana, cuando la noche
tienda su capa sombría,
nuestro ejército bizarro,
que en las montañas vecinas
aguarda con impaciencia
la hora del triunfo á que aspira,
en Córdoba penetrando
en son de guerra y conquista,
despues de muerto tu hermano
te aclamará por kalifa...

ABDAL. Mañana el triunfo ó la muerte.

EL BARR. Mañana el triunfo y la vida.

(Vánse por la derecha El Barr y Abdallah.)

ESCENA X.

EL MUSLIN solo.

(Vuelve á escucharse música en el fondo.)
Goza, monarca generoso y justo:
los vítores del pueblo ansioso aspira,
muéstrate ante la turba aduladora
que te ensancha, te aplaude y diviniza.
(Con ironía.)
Sí, eres grande: tan grande que te hallo
do quier que fijo mi doliente vista,
en el seno del áspera montaña,
sobre el haz de la tierra maldecida
en que viniste al mundo, á ser oprobio
y verdugo tenaz de mi familia;
en el descanso inquieto de la noche,
en todos los instantes de mi vida
te miro sonreir, siempre tranquilo
gozando de la suerte las caricias.
Goza, monarca, goza, que muy pronto

condenarás á un hijo fratricida,
goza y aspira en avidez sedienta
la copa del placer, que el rayo vibra.
Tú vertiste la sangre de mis deudos,
pronto la tuya correrá á mi vista,
y mi venganza satisfecha en parte
aun seguirá buscando nuevas víctimas.
(Váse por la izquierda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una habitacion lujosamente decorada del palacio de Azaharat. Puertas laterales y una gran ventana en el fondo. Una mesa pequeña en primer término: tintero árabe en ella. Varios almohadones.

ESCENA PRIMERA.

FÁTIMA, sola.

Se pierde la luz del dia
y aun Moraima no ha llegado:
secreto comunicado
pesa siempre en demasía.
Mas no es de notar su ausencia,
pues ha tiempo se me alcanza
cuánto engaña una tardanza
contada por la impaciencia.
Desde que encontré al cristiano
no se extraño temor
me roba todo el valor
y me denuncia un arcano.
«Dile á Moraima, me dijo,
que preste entera atencion
esta noche á mi cancion,
que un riesgo denuncia fijo.
Dile, añadió, que en mi canto

no habrá invencion importuna,
y que estriba su fortuna
de ello; que contenga el llanto,
y no tema en descubrir
lo que por mí va á saber,
que evitar es menester
lo que pudiera ocurrir.»
Misterio es que no comprendo,
pero en servirle me afano,
que él es noble, aunque cristiano,
y bien su ambicion entiendo.
Pero cómo tardará
tanto Moraima? presiento
que presto llegue el momento
en que el cristiano vendrá.
Tengo impaciencia en hacer
que sepa, pues le conviene,
el secreto... alguno viene:
quién á esta hora podrá ser?

ESCENA II.

FÁTIMA y el MUSLIN.

FAT. El santo aquí?
MUSLIN. No, Fátima,
(Siempre con hipocresía.)
el pecador triste y viejo.
FAT. De noche?...
MUSLIN. Nada te extrañe.
FAT. Que me sorprendió confieso,
señor; mas descansa un punto.
MUSLIN. Imposible, escaso tiempo
debo estar aquí, y quisiera
aprovecharlo...
FAT. No acierto...
MUSLIN. Evita palabras vanas
y piensa que pues que llego
tan á deshora á este cuarto,
buscando tu auxilio vengo.
FAT. Y cómo mi auxilio pide
el hombre á que adora el pueblo,

oráculo del kalifa,
juez de todos los secretos,
el que en el sagrado nombre
de Alá, por ser mensagero
suyo, las almas subyuga
con su poder y su ejemplo?...

MUSLIN. Decretos son que yo cumplo
y que descubrir no puedo.
Sólo sí debo advertirte,
Fátima, que á este aposento
á venir sólo me impulsa.
el afan que arde en mi pecho
de averiguar pormenores
de un escondido secreto.
Juras decirme, Fátima,
la verdad?

FAT. Á tus preceptos,
cómo resistir?

MUSLIN. Pues dime:
estás hace mucho tiempo
aquí?

FAT. Diez y siete años.

MUSLIN. Cómo viniste?

FAT. Recuerdo
que al morir un hijo mio
de dos meses, mi sustento
buscaba de puerta en puerta
con el mayor desconsuelo.
Á los piés del gran kalifa
expuse mis sufrimientos,
y él en vez de la limosna,
que era mi único deseo,
«desde hoy, me dijo, en palacio
tendrás mesa y aposento,
con tal de que des lactancia
á la niña que te entrego.»

MUSLIN. Y esa niña?

FAT. Era Moraima,
á la que cual hija quiero.

MUSLIN. Y esa niña, no has logrado
saber si era suya?

FAT. Al ménos

que todo fuera un engaño,
es voz pública, y la creo,
que la recogió el kalifa
salvándola de un incendio.

MUSLIN. En Córdoba misma?

FAT. No:
fué en la destruccion de un pueblo
que en armas alzóse un dia
contra el kalifa, soberbio.

MUSLIN. Su nombre?

FAT. Ignoro su nombre.

MUSLIN. Más en mis dudas me aferro.
¿Pero señal ó noticia
no guardas de quiénes fueron
los padres de aquella huérfana?

FAT. Ninguna; pero presiento
que debieron ser muy ricos,
pues su cuerpo estaba envuelto
en ricas telas, que adornos
encerraban de gran precio.

MUSLIN. Nada más supiste?

FAT. Nada.

MUSLIN. Lo juras?

FAT. Jurarlo puedo.

MUSLIN. Y ella... no ha tenido nunca
un vago presentimiento
de su orígen?

FAT. La inocente,
cómo guardára un recuerdo
de la aurora de su vida,
que ya tan lejana vemos?

MUSLIN. Tienes razon; pero extraño
tanto sigilo y misterio.

FAT. Sólo el kalifa pudiera
satisfacer tu deseo.

MUSLIN. El kalifa varias veces
decirme evitó el secreto;
pero á Moraima sin duda
lo debe haber descubierto.
Ella á tí...

FAT. Señor, Moraima,
con el amor más sincero

para mí, procura siempre
que yo evoco ese recuerdo,
hablar de otra cualquier cosa;
y si curiosa en extremo
en mis preguntas prosigo,
con algun amante beso
tapa mi boca en seguida.

MUSLIN. (No sé qué siente mi pecho.)
Y dime, la verdad siempre,
no hablásteis en algun tiempo
de mi presencia en palacio?

FAT. (Turbada.) Ahora, señor, no recuerdo...

MUSLIN. Mientes!

FAT. Señor...

MUSLIN. Mientes, digo...
claro en tus ojos lo leo,
Qué opina del grande influjo
que sobre el kalifa ejerzo?

FAT. No te enoje mi respuesta,
ella es tan niña... y yo temo...

MUSLIN. Lo adivino, tal vez juzga
la robo el amor paterno
de Abd-el-Rhaman. ¿He acertado?

FAT. No, pero temor secreto
muestra de que el gran kalifa
perder pueda en un momento
por tus consejos sagrados
el cariño de sus pueblos.

MUSLIN. Eso dice? Acaso ignora
mi sagrado ministerio? (Como inspirado)
No sabe que mi poder
en nombre de Dios ejerzo?

FAT. No lo ignora; pero juzga
que no hay un poder terreno
capaz de hacer comprensibles
los misteriosos decretos
del mismo Dios. Mas, te enojas?
Disculpa su atrevimiento;
ella es niña y no razona.
Por lo demas, á tu mérito
hace justicia...

MUSLIN. Me engañas;

dí más bien que odia su pecho
mi presencia, que la imágen
mia está en su pensamiento,
y que me teme y me odia,
que ocupo á veces su sueño,
y que soy el ángel malo
que arrebata su sosiego.

FAT. Tal vez...

MUSLIN. (Agitado.) Si por eso mismo
yo la quiero y la aborrezco:
á veces derramo llanto
al mirarla, y me avergüenzo
en seguida... quiero á veces
maldecirla y nunca puedo;
y débil cuando la miro,
amante cuando recuerdo
mi triste historia, y cruel
siempre, mas siempre severo,
veo en ella mi castigo,
cifro en ella mi tormento,
y no sé si es que la adoro
diciendo que la aborrezco.

FAT. Esa agitacion...

MUSLIN. (Finjamos.)
Fátima, de tu silencio
sobre esta escena, responde
tu vida.

FAT. Señor...

MUSLIN. Si artero
me descubriese tu labio,
el brazo de Alá al momento
tu vida arrebataria
tan justo como severo.

ESCENA III.

DICHOS y ABDALLAH, que ha penetrado hace un instante, deteniéndose en el fondo.

MUSLIN. Abdallah!

ABDAL. El Muslin.

MUSLIN. (Á Fátima *indicando que salga.*) Fatima...

(Qué vendrá á hacer.)

FAT. Ya comprendo,
(no sé por qué su amenaza
me hace temblar.) Te obedezco.

ESCENA IV.

ABDALLAH y el MUSLIN.

MUSLIN. Llegó el instante.
ABDAL. Muslin,
no olvido mis juramentos.
MUSLIN. Tu presencia en este sitio
claro testimonio es de ello.
ABDAL. Conozco que es importuna
mi llegada en el momento
en que tú mismo...
MUSLIN. Insensato!
ABDAL. Perdóname si te ofendo,
Muslin.
MUSLIN. Disculpa merecen
los juveniles excesos,
como si abrigar pudieras
celos de este pobre viejo.
ABDAL. Celos!
MUSLIN. (Ap.) No me equivocaba.
ABDAL. Y cómo tuviera celos?
Te engañas, si aquí he venido
sólo fué con el deseo,
de abrazar á la que tanto
como hermana mia quiero.
MUSLIN. Y yo temiendo que acaso
descubrieses despues ciego
el temor que la amenaza
al realizar tu proyecto,
para impedir que la hablases
logré llegar á buen tiempo.
ABDAL. (Quiere engañarme.) Y pensabas?..
MUSLIN. Abdallah, no, sólo pienso
que tu fraternal cariño
en este sitio y momento
no se explican: pienso sólo

que tu amor, que ahora sorprendo,
fuente será de amarguras
en lo porvenir; presiento
que nunca ser podrá grande
quien al llegar el momento
de la lucha, así se olvida
por su amor, de sus proyectos.

ABDAL. Muslin, tú que de mis planes
el iniciador primero
fuiste, cómo me acriminas
fundado en hechos supuestos?

MUSLIN. Niño, que engañarme quieres,
no sabes que en tu alma leo?
Pero en nombre del Profeta
lo exijo, olvida el deseo
que á esta estancia te condujo,
y piensa en tu juramento;
que el instante se aproxima,
que disfrazados los nuestros
en Córdoba han penetrado;
que su presencia es un riesgo;
que miran inútilmente
tu ventana; que ya es tiempo
de alcanzar glorioso triunfo,
y de cumplir como buenos,
ó emprender cobarde fuga
en que la vida exponemos.

ABDAL. Tienes razon: ante todo
el triunfo; Muslin, marchemos...

MUSLIN. Juntos fuera sospechoso.

ABDAL. Es verdad...

MUSLIN. Yo iré primero
á presentarme á los tuyos;
valor y al triunfo volemos.

ABDAL. (Ap.) (Oh, volveré en breve rato.)

MUSLIN. (Ap.) (Yo te celaré en secreto.)

ESCENA V.

BLANCA entra seguida de varios esclavos, que colocan dos luces en sitio conveniente, puesto que deben ser dos antorchas resinosas.

BLANCA. Dejadme reposar, yo os doy licencia,
salid, y hasta mañana... (Vánse los esclavos.)
En calma quiero estar con mi conciencia,
para elevar á Dios mi alma cristiana.
¿Qué habrá sido de Alfonso? sus cantares
me despertaban al nacer el dia,
y hoy en vano esperé, y á los pesares
que atormentáran la existencia mia,
la esperanza y la duda
hacen surgir mil sombras por do quiera,
mostrándose á mi paso aterradoras,
y luchando en tropel con rabia muda.
Ya del ave parlera
no se escuchan las cánticas sonoras,
tiende la noche su sombrío manto,
y la calma que impera,
acrece mi ansiedad, me causa espanto.
Me habrá olvidado ya? vana quimera;
puede olvidar quien ádoraba tanto?
Y pasa el tiempo, y presuroso avanza
llevando en su revuelto torbellino
el temor, y la duda y la esperanza
que agitaron el alma de contino.
¡Cuán largo padecer, suerte homicida!...

ESCENA VI.

BLANCA y ABDALLAH, entrando por la puerta de la derecha y deteniéndose un instante en el dintel.

ABDAL. Se acerca, va á sonar el fiero instante
y tiemblo ante la lucha fratricida;
y sin embargo, llego aquí anhelante
para ver mi pasion correspondida
ó humillar á la infiel que me aprisiona,

que harto tiempo con ella fuí clemente,
y el que siempre perdona
en amorosas lides, pasion miente.
No me ha visto llegar; siempre tranquila,
sin que el fuego voraz que me aniquila
sienta, ni premie mi amoroso empeño.

BLANCA. Quién es? Abdallah!

ABDAL. Desarruga el ceño
y escucha sin rencores
al que aspira rendido á ser tu dueño.
Hurí de mis amores,
flor en tallo gentil, luciente estrella
que al Eden me encamina,
escucha mi querella,
no airados miren tus hermosos ojos
al que elevado puesto te destina,
cede al fin compasiva en tus enojos.
Si un dia y otro dia
viste por tu belleza aprisionado
al que juzgó su voluntad bravía,
al que siempre humilló, nunca humillado.
Si te aclamó por reina y por señora
y en la sangrienta lid fuiste su escudo,
calma el ardiente afan que le devora,
cede por fin en tu desvío rudo.

BLANCA. (Oh martirio cruel!)

ABDAL. Deme tu boca
el sí que delirante hoy ambiciono...

BLANCA. Te escucho y me lamento de tu loca
y ciega obstinacion, y te perdono.
Tu padre me acogió en edad temprana,
con el nombre purísimo de hermana
me llamaste, y hoy turbas mi reposo,
constante, audaz, y torpe en tu porfia,
sin desistir de la exigencia impía.
Basta, Abdallah.

ABDAL. Olvida esas quimeras
y accede al fin á mi doliente ruego,
ó acallen esperanzas lisongeras
de mi rendido corazon el fuego.
Mi hermana fuiste, y al arrullo blando
de esa frase infantil fuimos creciendo,

pura espansion á las caricias dando
y el porvenir ignoto no temiendo.
Crecimos en edad, llegó un instante
en que en mi corazon surgió un arcano,
y el cariño fogoso del amante
sustituyó al tranquilo del hermano.

BLANCA. Para qué recordar?...

ABDAL. Perdí el sosiego;
resuelto al fin te hablé; sorda á mi ruego,
compasion no tuviste á mi cariño,
sin ver que acaso el corazon de un niño
puede encerrar inextinguible fuego.
Hoy por la vez postrera
te vengo á suplicar.

BLANCA. Súplica insana!
Nunca, Abdallah, mi corazon de hermana
tu ardor amante comprender pudiera.

ABDAL. Nunca, es verdad! Qué importa que mi vida
intranquila transcurra dolorida!...
No me escuchas?

BLANCA. Sí tal, pero... (Cuál tarda!)

ABDAL. Tal vez tu pecho guarda
otra pasion...

BLANCA. Te juro...

ABDAL. Esa impaciencia...

BLANCA. (Ap.) Ese rumor me indica su presencia.
(Se acerca á la ventana, por la que se escucha el preludio de un laud.)

ABDAL. Qué es esto? en vano lucho
por negarme á creer; y es ella, es ella...
su orgulloso desden ahora comprendo,
y la venganza que en mi pecho mora,
á toda compasion mi labio sella...

BLANCA. (Por qué calla? La calma aterradora
vuelve á reinar, qué pasa, Dios clemente...)

VOZ. (En el exterior.)
Socorro! Piedad.

BLANCA. Ay!...

ABDAL. Con ese grito
que ha arrancado el amor á tu garganta,
te denunciaste á mi furor naciente,
y un delito añadir á otro delito

muy pronto habrás de ver que no me espan-
BLANCA. Y me amenazas tú? [ta.
ABDAL. Calle tu lengua,
y humilla tu altivez despreciativa.
BLANCA. Ántes la muerte.
ABDAL. No por eso amengua
el triunfo de mi rabia vengativa.
Siempre me despreciaste rencorosa;
pero ya que otro amor en tí he notado,
mi cautiva serás, nunca mi esposa...
BLANCA. Infame!...
ABDAL. De tu pecho destrozado
arrancará el dolor ayes sin cuento;
tú lo quisiste, sea: ya ha sonado
la hora de gozarme en tu tormento.
BLANCA. Sal de mi lado.
ABDAL. Resistencia vana.
Quién podrá defenderte en tal porfía?
quién se opondrá á mi órden soberana?...
(Alfonso entra por la puerta de la derecha.)
El trovador aquí? Fortuna impía!

ESCENA VII.

DICHOS y ALFONSO.

BLANCA. Alfonso... El ay de angustia que ha sonado...
ALF. Lo lanzó al parecer un asesino;
el golpe que á mi pecho iba asestado,
cambió de direccion en el camino.
BLANCA. Gracias, Dios mio! Mi plegaria ardiente
llegó junto á tu trono!
ABDAL. Oh! lo que sospechaba vagamente
es ya una realidad... Así mi encono
naciera contra él. (Á Blanca.) Ya es imposible
dudar de tu falsía.
ALF. Ve que tu aborrecible
trama en mi daño descubrir podria.
Ya no debo callar: tu fin advierto,
y en tí miro un rival aborrecido,
tiembla, Abdallah, pues descubrir despierto
puedo tu plan que sorprendí dormido.

ABDAL. Tú! nécio y arrogante,
muy pronto callarás eternamente.
ALF. Sí, mi vida te estorba: hace un instante
por eso me cercó tu infame gente.
Por eso junto al muro
donde el amor de Blanca me llamaba,
sábelo de una vez, me amenazaba
un asesino en un cancel oscuro.
Por eso en tu prevecho
¡infame y vil accion! fiero cuchillo
rasgó las vestiduras de mi pecho...
BLANCA. Y estás herido?
ALF. Blanca, no.
BLANCA. Me aterra
el grito aquel que en mi recuerdo dura...
ALF. El desgraciado lo lanzó en la tierra
que no pisará más.
ABDAL. (Ap.) (Oh! desventura.
El Barr tal vez...)
ALF. Despues, ciego de ira,
luchando cuerpo á cuerpo, con arrojo
logro evitar con el acero rojo
los rudos golpes que traicion inspira:
entro en palacio, cruzo varias puertas,
recorro habitaciones
desconocidas para mí y desiertas,
y llego, Blanca mia, hasta tu estancia.
ABDAL. Era Alfonso tu amante...
BLANCA. No lo niego,
pero tú eres clemente; nuestra infancia
cual hace un rato que recuerdes ruego.
ABDAL. Y así me pagarás tanta constancia?
BLANCA. Yo tengo para tí mi amor de hermana,
mas no mi corazon, que ya no es mio...
ABDAL. Como mujer al fin, torpe y liviana.
ALF. Qué osas decir, impío!
Desprecia mi persona,
pisa mi corazon, huella mi frente,
ten mi vida, que vida no ambiciono,
gózate en tus ultrajes insolente,
pero dudar de su virtud, tu encono
perseguir á su cándida pureza...

príncipe, es esa acaso la grandeza
en que descansa tu derecho al trono?...

ABDAL. (Haciendo ademan de sacar el puñal.)
Oh, sella el labio, ó por quien soy tu sino
ha de verse cumplido en corto rato

BLANCA. (Interponiéndose.)
Hermano!

ALF. (Con desprecio.) Por qué tiemblas, adivino,
tú que sabes pagar á un asesino
retrocedes ante un asesinato!

BLANCA. Alfonso, hermano mio,
compasion para mí...

ABDAL. Cómo la espera
despues de arrebatarme el bien que ansío!

BLANCA. Silencio, rumor siento en la escalera.
Tal vez la salvacion...

ESCENA VIII.

DICHOS y EL BARR, seguido de varios conjurados.

BLANCA. No hay esperanza.
Qué buscais?

EL BARR. Perdonadnos si en tal hora
llegamos hasta aquí.

BLANCA. No se me alcanza...

EL BARR. En esta habitacion entró, señora,
un criminal á quien la ley reclama
para que cumpla su fatal destino...

ALF. Blanca, inútil es todo, quien me llama
criminal...

BLANCA. Oh vergüenza...

ALF. Es mi asesino:
no el que asestó su mano vengadora
contra mí, sino el hombre que villano,
porque en su corazon flaqueza mora,
comprar juzgó más fácil otra mano,

ABDAL. Ya veis; él reconoce su delito,
aseguradle pronto.

BLANCA. Y quién se atreve
en mi presencia á obedecer su grito?

EL BARR. No defendais al malhechor aleve,

señora, ú os perdeis.

ALF. No, Blanca, mia,
ceja en tu obstinacion, que me avergüenza,
cómo quieres que venza
la piedad á las fieras?

ABDAL. Tu osadía
muy pronto pagarás...

BLANCA. Yo la obediencia
tributaré al kalifa verdadero
nada más.

EL BARR. (Indicando á Abdallah.)
Él se encuentra en tu presencia.

BLANCA. Abdallah...

ABDAL. Sí, Abdallah.

BLANCA. (Con desaliento.) Ya nada espero...

ABDAL. Pero el tiempo perdemos: apresadle.

BLANCA. Tan infame traicion oyendo dudo:
pero no... de mis brazos arrancadle.
Mi pecho, Alfonso mio, es ya tu escudo.

ABDAL. Pronto, pronto...

ALF. Aún el arma me acompaña
que tanto conoceis: venid por ella;
y si en un corazon traidor se baña
luego al morir bendeciré mi estrella.

ESCENA IX.

DICHOS, y ABD-EL-RHAMAN, seguido de cuatro soldados por la segunda puerta de la derecha.

ABD-EL. Qué ocurre, qué motiva este ruido
que me ha turbado en mi tranquila estancia?
Todos callais? Qué es esto?

BLANCA. Padre mio,
para darme la vida Alá te manda.

ABD-EL. Sosiega tu temor... bajais la vista...
quién me contestará?... Qué es esto, Abdallah!

EL BARR. Señor; ante la ley no hay excepciones;
á hierro muere quien á hierro mata:
hace un instante, junto al mismo muro
de tu palacio de Azaharat se acaba
de cometer un crímen.

ABD-EL. Cómo!
EL BARR. Un hombre
ha ensangrentado su traidora daga
en otro hombre indefenso.
ABD-EL. Quién?
EL BARR. Alfonso,
y al llegar tú hasta aquí sus amenazas
contra nosotros mismos repetia
preparado á hacer uso de las armas.
ABD-EL. Alfonso... no es posible... Y cómo entónces
así le quieres defender, Moraima?
Tambien bajas la vista. Qué misterio
encierra todo esto? Alfonso, habla.
ALF. Señor... debo callar.
ABD-EL. Acaso ignoras
que si la relacion esa es exacta
en una horca infamante la existencia
perderás en el centro de esa plaza?
No sabes qué inflexible es mi justicia
y que la ley no tuerzo con mi gracia?
No sabes que mis hijos sufririan
si pecasen la pena de su falta?
ALF. No lo ignoro, señor; pero prefiero
morir á revelar lo que me mata.
ABD-EL. Extraña situacion. Y quién el crímen
presenció?
EL BARR. Yo, señor...
ABD-EL. Dónde te hallabas?
EL BARR. Junto á la puerta del jardin.
ABD-EL. Y todos
los que para apresarle te acompañan?
EL BARR. Auxilio me prestaron al decirles
lo que ocurria.
ABD-EL. Y cómo en esta estancia
el criminal se entró?
ALF. Miré su puerta
abierta, y el peligro... la esperanza...
de llegarme á salvar...
ABD-EL. Aquí un misterio
se encierra á no dudar. Cómo tú, Abdallah,
en esta habitacion tan á deshora?
ABDAL. Pasaba junto á ella, y á Moraima

saludar quise un punto...

BLANCA. Padre mio,
aunque las apariencias son contrarias
al pobre trovador, yo te suplico
que tu buen corazon borre su falta.

ABD-EL. Ante la ley inútil es tu ruego:
nadie cual yo tu voluntad acata;
pero el que priva de la vida á un hombre,
muere para castigo y enseñanza.
Soldados, sujetadle, y que en la torre
espere la sentencia que le aguarda.

BLANCA. Padre mio...

ABD-EL. Los vínculos se rompen
de la familia si la ley lo manda.

BLANCA. En nombre de tu dios...

ABD-EL. Vana es tu queja.

BLANCA. Por tu cariño, por tu amor...

ABD-EL. Aparta.

BLANCA. Pues bien, ya que no escuchas mi lamento
ni á compasion te mueven ya mis lágrimas,
me opongo á tu mandato...

ABD-EL. Qué profieres?

BLANCA. El Barr lo dijo en esta misma estancia:
ha terminado tu poder, kalifa:
es ya tu hijo Abdallah quien aquí manda.

ABD-EL. Qué escucho?

ABDAL. Padre!

BLANCA. (Á Abdallah.) Jefe poderoso
del kalifato occidental: postrada
á tus plantas...

ABDAL. Aparta: está demente
esta mujer sin duda.

BLANCA. Loca, Abdallah,
loca porque desprecio tus promesas,
tus órdenes feroces, tus livianas
proposiciones que mi honor no hieren
porque mi dignidad está muy alta:
loca, porque denuncio tus intrigas,
loca, porque aseguro por mi alma
que la vida de Alfonso necesitas
y un asesino contra Alfonso mandas!

ABD-EL. Moraima!

BLANCA. Loca, sí, porque clemencia
pido en vez de justicia soberana:
pluguiera á Dios que loca me volviera
(Cayendo en brazos del kalifa.)
para no presenciar tantas infamias!
ABD-EL. Desgraciada!...
ABDAL. Desprecia, padre mio,
á esa mujer indigna de tu saña...
manceba del culpable... y que deshonra
la augusta proteccion con que la amparas.
ABD-EL. Pública ha sido, mi Abdallah, la ofensa;
asímismo ha de serlo la venganza.
Á esta mujer que me llamaba padre,
llevadla á una prision tambien... llevadla
á que sufra el castigo que merece
la calumniosa acusacion que lanza.
ALF. Ella sufrir por mí... señor... (Interponiéndose.)
ABD-EL. No escucho.
ALF. Pido justicia contra tí, Abd-el-Rhaman.
ABD-EL. Aún te atreves?
ALF. Sí tal: no me has oido,
y el acusado puede hablar.
ABDAL. Oh!...
ABD-EL. Habla!
ALF. Si escuché resignado tu sentencia
contra mí, juzgar puedes no me espanta
la muerte. Si con ella solamente
se pudiera salvar mi fiel Moraima,
yo mismo hubiera ahogado mi defensa
ansiosa de salir de mi garganta.
Pero al ver que le alcanzan tus rencores
á esa niña inocente, al ver que tratas
de castigar á la virtud sencilla
y premiar la traicion que te amenaza,
debo decir: kalifa poderoso,
no ha calumniado á nadie tu Moraima.
Quieres pruebas del crímen? Yo las tengo,
y muy pronto has de verlas confirmadas.
ABD-EL. Sigue, sigue...
ABDAL. (Ap.) Qué horror!
EL BARR. (Ap.) Perdidos somos...
ALF. Los que ha poco mi vida amenazaban,

son Abdallah y El Barr: tengo los hilos
de su horrorosa inconcebible trama,
y mírales cuál tiemblan de pavura
oyendo su sentencia en mis palabras.
Abd-el-Rhaman, el hijo fementido
que en la lucha civil tu reino lanza,
y que amenaza herirte con la muerte
lo mismo que á su hermano; el que pensaba
realizar sus proyectos con el crímen,
esta noche á los suyos dará entrada
en la ciudad, y algunos desgraciados
pronto la lucha empezarán insana.

(Hace unos instantes que se escucha fuera ruido de armas.)

Oye el rumor que por las calles cunde,
el estrépito escucha de las armas
de los que acuden á la infame cita,
sedientos de botin, ciegos de rabia,
sangre buscando en que saciar su furia,
oro buscando en premio de su hazaña.
Quién, me preguntarás, así concita
las furias del Averno? Quién? Abdallah.
Él ha fijado el plazo, él á los suyos
congrega, y pues el ruido de las armas
denuncia que la lucha ha comenzado,
la señal debe verse en la ventana
de la torre en que habita; una luz verde
símbolo infame de su accion villana.

(Abre la ventana del fondo, desde la cual se ve un gran resplandor verdoso.)

Mírala, Abd-el-Rhaman, mírala y tiembla,
y hazme ahora que perezca con Moraima.

ABD-EL. Dios grande y justiciero... Abdallah, pronto
confunde al vil que te acusó... No hablas?
El Barr... qué es esto? Cómo, vuestra lengua
ata el remordimiento... Dios me valga...
Y prosigue el rumor...

ESCENA X.

DICHOS y UN VISIR.

VISIR. Señor.
ABD-EL. Qué es esto?
VISIR. Una conjuracion nos amenaza,
y la sangre de cientos de valientes
que combaten por tí, tiñen las plazas.
Órdenes vengo á recibir.
ABD-EL. Es cierto?
juventud, juventud, dónde te hallas?
VISIR. Señor, que el tiempo urge; los rebeldes
acrecientan su número y su audacia
protegidos por tropas insurrectas
que llegan de las próximas montañas:
todo lo perderemos si vacilan
los tuyos.
ABD-EL. Dios de Dios! Pronto mis guardias.
(Al Visir.)
Arma á mis gentes todas, ve al combate,
y ántes de que se anuncie la mañana,
no queden más recuerdos de la lucha
que sangre, luto, destruccion y lágrimas!
Reducid á prision á esos rebeldes!
BLANCA. Padre!
ABDAL. Señor!
EL BARR. Kalifa!
ABD-EL. Frases vanas
son cuantas pronunciais. Piensan que duerme
en la vejez el brazo de Abd-el-Rhaman,
y que olvidado de pasadas luchas,
no puede ya blandir la dura lanza?
Miserables! la sangre de mis venas
puede verterse en aras de la patria
todavía: la blanca cabellera
que corona mis sienes soberanas
no oculta de una tumba los despojos,
es cual la nieve que corona el Atlas,
nieve que oculta del volcan el fuego,

debajo de la cual hierve la lava!
Cristiano Alfonso, libre desde ahora
puedes marchar á donde más te plazca.

ALF. Yo, señor, si tal honra me dispensas,
pido á tu lado un puesto en la batalla.

ABD-EL. Esos dos infelices pertenecen
al tribunal que ha de juzgar su causa;
(Los guardias se llevan á Abdallah y El Barr.)
y tú, pura hija mia, en tus caricias
funda ya el pobre viejo su esperanza.
Ahora aléjate un rato... necesito
estar solo...

BARR. Clemencia.

ABD-EL. Alá lo manda!

ESCENA XI.

ABD-EL-RHAMAN y soldados, despues el MUSLIN.

ABD-EL. Ahora el combate que el traidor presenta,
sin piedad ni cuartel para el que caiga,
triunfe el derecho y mueran los culpables
que el verme anciano de matarme tratan.
Aún luchar puede quien á Fez dió leyes
y de un cristiano rey rindió la espada:
aún podré manejar el corvo alfange
que se ha teñido en sangre en cien batallas.

MUSLIN. Detente Abd-el-Rhaman.
(Mucha rapidez hasta el final.)

ABD-EL. Ya no es posible.

MUSLIN. No ensangrientes tu mano temeraria.

ABD-EL. Dios lo quiere!

MUSLIN. Es verdad: corta esos planes,
que Dios te ayudará: noble es tu causa.

ABD-EL. Ya nada temeré.

MUSLIN. Marcha seguro
de que triunfante vuelves, Abd-el-Rhaman.

ABD-EL. Cúmplase del Profeta la sentencia:
destrócese la raza musulmana
una vez más, y el hijo contra el padre
vuelva á luchar en criminal batalla.

Y si mi muerte necesaria fuese,
con la honra moriré que al bueno ensalza,
manando el pecho sangre generosa,
cual conviene que mueran los monarcas!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo: es de noche.

ESCENA PRIMERA.

BLANCA y FATIMA.

BLANCA. Noche de luto, de terror y espanto,
y aún el combate continúa fiero;
ni un instante de tregua, ni un instante
en que acallado ese fragor siniestro
acariciar podamos la esperanza
de verle aparecer triunfante, ileso.
FAT. Y volverá; no dudes, mi Moraima,
que el que ayudóle siempre en sus proyectos
y que en el curso de sus luengos años
dió la victoria á su tajante acero,
no puede permitir que el gran kalifa,
al par señor y padre de su pueblo,
muera en lid vergonzosa preparada
por la ambicion traidora de sus deudos.
BLANCA. Pobre Abdallah!
FAT. Deseche tu memoria
el miserable nombre del protervo,
que hoy dar albergue á la piedad seria
al puñal asesino dar aliento.
BLANCA. Nunca habré de olvidar que fué mi hermano

y que puede morir, pues que severo
el brazo de la ley nunca distingue
el hijo del monarca del plebeyo.
Horrible situacion!

FAT. Y el perdonarle
seria hollar las leyes del imperio,
dar pábulo á que otros igualmente
pudieran repetir tamaño exceso.
No olvides que la sangre derramada
y que en ronco gemir maldice el cielo,
ha de caer sobre el culpable aleve
nacido de las furias del Averno.
Él congregó con cautelosa astucia
á aquellos del kalifa descontentos,
cual hijo cariñoso honró á su padre
con hipócritas muestras de respeto
mientras gozaba en sigilosa calma
del resultado de su afan incierto.
No escuchas esos gritos de agonía
que nos trasmite por do quiera el eco?
Son gritos que en la lucha fratricida
hace arrancar el sanguinario acero.
Quién los provoca? Quién su muerte causa?
Para morir, ¿qué crímen cometieron?
En la impura conciencia del infame
hizo presa tenaz remordimiento:
lívidas sombras seguirán sus pasos:
sombras sangrientas guardarán su sueño:
lúgubre noche mirarán sus ojos
al abarcar el porvenir incierto.
Si un instante de dicha ambicionase
lo gozara en la copa del veneno:
si impetrase perdon para sus culpas...
entre ayes, maldiciones y lamentos
escuchará sonar en torno suyo
el grito vengador de los que fueron ..

BLANCA. Calla por Dios! No aumenten tus augurios
el caudaloso mar del sentimiento
que brota de mi pecho dolorido
y que mi voz ahoga en ay! siniestro.
Mi padre, vencedor en cien combates,
nunca con el vencido fué severo,

y hoy sabrá perdonar del hijo iluso
el torpe proceder...

FAT. Fuera su intento
ignominiosa afrenta en su reinado,
provechosa leccion de descontentos
que al poder del monarca se opondrian
seguros del perdon en trance adverso.
Abdallah ha de morir...

BLANCA. Calla, Fatima,
calla por el amor que te profeso.

FAT. No miras ya cuál amanece el dia?
dia será de luto.

BLANCA. Ay! me estremezco...

FAT. Mas no es la luz de la naciente aurora,
es el principio de voraz incendio
cuyo fulgor acrecerá los bríos
y los golpes podrán ser más certeros.

BLANCA. Y mi padre...

FAT. El emir? Mas aquí llega
quien calmará tu cariñoso anhelo.

ESCENA II.

DICHAS y MUSLIN.

BLANCA. Muslin!

MUSLIN. El mismo soy. Por qué te altera
el verme junto á tí?

BLANCA. (Ap.) (Hombre funesto
que me mueve á pavor, sin darme cuenta
de la instinta repulsion que siento.)

MUSLIN. Yo que esclavo leal soy del kalifa,
á la par que su amigo y consejero,
nunca habré de alcanzar que tu mirada
se fije en mí, desarrugado el ceño?
Por qué tanto desvío rencoroso?
Por qué te alejas de este pobre viejo?
Por qué anatematizas las doctrinas
que siempre le inspiró su ministerio?

BLANCA. Señor, os engañais.

MUSLIN. Mas por qué tiemblas?
Vuelva la calma á tu angustiado pecho,

que Abd-el-Rhaman regresará muy pronto,
cual siempre, vencedor; por él mi ruego
he elevado á las plantas del Profeta,
y ha escuchado mis súplicas el Cielo.
Mas ay! que en la sacrílega jornada
muchos de los leales perecieron
defendiendo la vida del monarca,
sirviéndole de escudo con sus cuerpos.

BLANCA. (Ap.) (Dios de piedad!)

MUSLIN. Terrible fué el combate.

BLANCA. (Ap.) (Yo quisiera saber, mas no me atrevo,
que en el temor aún vive la esperanza,
y es la verdad eterno sufrimiento.
Tiemblo por él.) Mas qué rumor se escucha
cercano ya al palacio?...

FAT. Tu deseo
pronto satisfarás, pues llega Alfonso
á tu padre Abd-el-Rhaman precediendo.

BLANCA. Dios me escuchó!

FAT. Ya llega.

MUSLIN. (Ap.) (Aquí el cristiano?)
(Alto.) Del victorioso emir salgo al encuentro.

ESCENA III.

BLANCA y ALFONSO.

ALF. Blanca...

BLANCA. Alfonso!

ALF. Vencidos los rebeldes
tras lucha pertinaz junto á tí vuelvo.

BLANCA. Dios escuchó mis preces, y piadoso
tu vida protegió. Cuánto tormento
en tu ausencia sufrí! Cuántos dolores
en la noche fatal sintió mi pecho!
Y Abd-el-Rhaman?

ALF. Tu padre? Si él no fuera
vencedor y sí bárbaro trofeo
del rebelde morisco, ¿piensas, Blanca,
que hubieras escuchado más mi acento?
Yo le seguia en la contienda ruda,
el alma presa de mortal recelo;

su corvo alfange por do quier brillaba
rayo en su diestra; como el tigre fiero
al arrojarse sobre el bando impío
sangriento surco abria con su acero.
Todos cuantos hallára en su camino
de su ciego valor víctimas fueron,
muchos en su presencia acobardados
á su clemencia augusta se rindieron.
Cual desbordado mar, á quien impulsan
en ronco son los conjurados vientos,
recorrimos las calles y las plazas
siempre talando, siempre destruyendo.
De pronto en una calle retirada
y que yacia en sepulcral silencio,
algunos asesinos se arrojaron
sobre el emir; al choque de su acero
con los otros, saltó roto en pedazos,
y acaso en aquel trance hubiera muerto
si no me interpusiera en el instante
defendiendo su vida con mi cuerpo.
Lo oscuro de la noche complicaba
mi situacion, cuando el kalifa, vuelto
á la lucha, logró á su vez salvarme
al par que dijo con feroz acento:
«Pues la traicion se escuda con la noche
dénos su luz la lumbre del incendio!»
Y desde aquel instante á nuestro paso
precedió el exterminio y siguió el fuego
hasta que los rebeldes con su fuga
dejaron la victoria por los nuestros!
El valeroso Haken que en el combate
mostró más de una vez su heróico esfuerzo,
con sus huestes persigue á los traidores
para hacer más completo su escarmiento.
Pero por qué anublado tu semblante
expresa, Blanca mia, el sufrimiento?
Por qué no das entrada al regocijo
por el triunfo alcanzado por los nuestros?

BLANCA. Alfonso! La justicia del kalifa
sin poderlo evitar me causa miedo.
Tal vez Abdallah perderá la vida
en un cadalso vil.

ALF. Creer no acierto
tal rigor en el padre bondadoso
que cifra en la familia su consuelo.
BLANCA. No lo dudes: del hondo calabozo
en que entregado está al remordimiento
debe salir sin vida...
ALF. Desgraciado!
Implora su perdon.
BLANCA. Nada mi empeño
pudiera conseguir. Sólo la muerte
terminará de Abdallah el sufrimiento!
ALF. Lloras por él!
BLANCA. En nuestra alegre infancia
en fraternales vínculos se unieron
nuestros dos corazones: si en el suyo
encontraron cabida otros deseos,
yo no puedo olvidarle al ver que sufre,
y su vida salvar fuera mi anhelo.
ALF. Tienes razon; si anoche su arrogancia
supimos despreciar, ahora debemos
procurar que se salve.
BLANCA. Es imposible.
ALF. Nada ante Dios lo es: tengo un proyecto...
BLANCA. Un proyecto?
ALF. Sí tal: con este anillo
es fácil que llegar pueda á su encierro,
y si penetro en él haré que huya... ·
BLANCA. Y tú...
ALF. No temas: me protege el Cielo.
BLANCA. Tu noble corazon comprende el mio,
grande te quiero ver como hoy te veo.
Mas conviene que el tiempo no perdamos;
vete, y recuerda que mi amante pecho
te aguarda siempre fiel.
ALF. Esa promesa
me impulsará á triunfar.
BLANCA. Á este aposento
se dirige mi padre.
ALF. Aquella puerta
da salida al jardin. (Váse Alfonso.)
BLANCA. Dios justiciero,
haz que triunfe mi Alfonso en esa empresa

y sálvale á mi hermano como espero!

ESCENA IV.

BLANCA, AD-EL-RHAMAN y MUSLIN.

ABD-EL. Ah... Moraima! La nieve de mis años
hoy ha querido mi destino adverso
que manchara con sangre de mis hijos,
sangre vertida por mis propios deudos.
BLANCA. Dios es justo, y mis súplicas ardientes
en tu favor llegaron hasta el Cielo.
MUSLIN. Escrito estaba el triunfo!
(Ap. á Abd-el-Rhaman.) (Necesito
que á Moraima la alejes un momento,
pues te tengo que hablar.)
ABD-EL. (Qué significa. .)
MUSLIN. (Alá lo manda.)
ABD-EL. (Accedo á tu deseo.)
Hija mia, la noche que has pasado
exige que descanses: yo aquí quedo.
Ve á reposar, y en premio de tu llanto,
Dios te concederá tranquilo sueño.

ESCENA V.

ABD-EL-RHAMAN y MUSLIN.

ABD-EL. Ya estamos solos. (Sentándose.)
MUSLIN. Sí á fe:
llegó la ocasion suprema.
ABD-EL. El Muslin: nada hay que tema
despues de lo que pasé:
pero habla, pues con tu calma
acrecientas mis temores,
y no podrán ser mayores
las penas que sufre el alma.
Creo cuanto me dijeras:
de Dios eres enviado:
habla, sí, estoy resignado
para saber lo que quieras.
MUSLIN. Príncipe de los creyentes,
qué es lo que de tí querria

quien pasa dia tras dia
alejado de las gentes;
quien sabe para consuelo
que el goce, el dolor, la suerte,
la vida como la muerte,
todo está escrito en el Cielo?
Qué vengo á anunciarte? El mal,
porque en la tierra que habitas,
sólo hay pasiones malditas,
sólo un poder infernal.

ABD-EL. Cúmplanse de Dios las leyes:
vencedor y respetado
cuarenta años he reinado
envidiado de otros reyes;
y si el llanto me predices,
ten presente en la memoria,
que en tantos dias de gloria
muy pocos conté felices.

MUSLIN. Bórralos ya y más no esperes;
sólo te resta el quebranto
y abrasar con triste llanto
tus contínuos padeceres.

ABD-EL. El Muslin, yo solamente
podré ante el Señor llorar:
quien diga que he de mostrar
aquí una lágrima, miente.
Entre el combate sangriento
crucé mi ciudad querida
hace un instante; mi vida
expuse de honra sediento,
y mi fuerte corazon
en tal momento olvidaba
que un hijo mio se hallaba
sumido en honda prision.

MUSLIN. Pues la justicia notoria
de Alá, disponer le plugo
que la mano del verdugo
corte hoy su vida, sin gloria.

ABD-EL. Qué horror!

MUSLIN. En su excelso nombre
te descubro su mandato,
ay! del mortal insensato,

que se olvida de que es hombre,
y al mirar en lo infinito
la sentencia decretada
pretenda con mano osada
borrar lo que se halla escrito.

ABD-EL. Pero ¿cómo he de creer
tan funesta profecía
que ha de causar mi agonía
viendo á mi hijo perecer?

MUSLIN. No acabas de derramar
sangre del pueblo inocente?
No has castigado inclemente?
Ya no puedes perdonar!

ABD-EL. Mas mi hijo!...

MUSLIN. En vano clamas,
y yo por Alá lo exijo;
no habrá muerto más de un hijo
entre el combate y las llamas?
Iguales al delinquir
fueron todos: no hay villano
que no iguale al soberano
en el nacer y el morir.

ABD-EL. Sí; pero probado está
el crímen del pueblo aleve;
¿habrá quizá quien me pruebe
el delito de Abdallah?

MUSLIN. Emir, miras al abismo
y al sondarle te extravías...
pretendes pruebas; ¿creerías
las pruebas de Abdallah mismo?

(Saca varios pergaminos que entrega al kalifa, quien queda aterrado.)

ABD-EL. Sí; mas teme mi entereza
y mi justicia, Muslin;
pues de esta lectura al fin
puede rodar tu cabeza.

MUSLIN. Lo sé, emir, y no me arredro
ni ante el castigo desmayo:
cómo temblar si soy rayo
que hiere impasible al cedro?
Tiembla tú al ver los destinos
que os reservaba Abdallah,

(Abd-el-Rhaman se dirige á la mesa, repasa ansiosamente los pergaminos, y permanece despues anonadado. Esta situacion queda á cargo de los actores. Estúdiese.)

pues su trama entera está
marcada en sus pergaminos.
Su misma letra te inicia
en sus planes; ahí se ven:
contaba con Santaren,
con los reyes de Galicia,
con los Beni-Hafsum, y en pos
con cuantos son en su encono
enemigos de tu trono
y enemigos de tu Dios. (Pausa.)
Llama á tus guardias ahora,
da castigo á mi vileza,
y haz que ruede mi cabeza
ántes que pase una hora.
Hazlo, emir, sin caridad,
y del palacio en la entrada,
haz luego que sea clavada
en prueba de mi maldad.
Y ella, constante memoria
será á los pobres que gimen
de cuánto es grande mi crímen
y cuánto es alta tu gloria! (Pausa.)
Tú, viviendo en la bonanza,
y la calma que hoy deploras,
augusto príncipe, ignoras
cuánto puede la venganza.
No sabes que oculta alienta,
que oculta en su afan batalla,
que siente el dolor y calla,
y de otra sangre sedienta
sufre y sufre, y ni un instante
da de su poder señal,
hasta que en hora fatal
puede mostrarse gigante.
Pues bien, El Barr, el poeta
á quien despreciaste insano,
puso cobarde en mi mano
toda la trama secreta;

yo gané su confianza,
y agregado al plan abyecto,
desbaraté su proyecto
y aniquilé su venganza.
Si castigo merecí,
por salvarte lo arrostré;
pero ni á premio aspiré,
ni tu ingratitud creí.

ABD-EL. Oh, perdona mi locura... (Casi llorando.)
Tú no sabes el tormento
de un padre, que en un momento
pierde su mayor ventura;
no sabes que el paternal
amor nunca está encubierto,
que ántes quisiera ver muerto
á mi hijo, que criminal.
Prueba me diste de amigo...
Así pudieras cambiar
mi dignidad, y trocar
mi ser en el de un mendigo.
Cualquiera padre perdona,
y si á tu mandato accedo...
yo perdonarle no puedo...
¿de qué sirve la corona?

MUSLIN. Sirve, kalifa insensato,
para ser de Dios imágen,
y no permitir la ultrajen
ni desprecien su mandato;
sirve para encadenar
desbordadas ambiciones;
sirve en ciertas ocasiones
para saber castigar;
para respetada hacerla
y honrosa siempre guardarla...
Quien no sabe conservarla,
kalifa, debe perderla!

ABD-EL. (Con fuerza.) Sí, Muslin, digno seré
de mi estirpe vengadora,
yo la voz aterradora
del alma no escucharé.
(Escribiendo precipitadamente.)

MUSLIN. Qué haces?

ABD EL. Si mi estirpe afirma
ver mi sangre derramada,
aquí tienes decretada
la sentencia con mi firma.
Muera el monstruo que engendré
y que en mi mal se conjura,
muera el hijo sin ventura
que reniega de su fe;
pero con él, ¡por el Cielo
lo juro! deben morir
cuantos osaron seguir
su torpe y mezquino anhelo,
todos, lo entiendes, Muslin,
cumplida está tu esperanza,
y ahora empieza mi venganza,
de la que no miro el fin...
Hoy mato mi corazon
de benigno padre amante.
¿Quién osará en adelante
solicitar mi perdon?
La justicia soberana
de Alá, que jamás perdona,
tiñe en sangre mi corona...
mi frente la admite ufana.
Ahora quiero con urgencia
que mi órden hagas cumplir
y vuelvas luego á decir
que es un hecho mi sentencia.
Mi ardor febril sangre ansia...
Si ella enrojece la arena,
tal vez mirando la agena
me consuele de la mia!

MUSLIN. Alá que ve tu afliccion
y hoy dispone tu tormento
te dé para este tormento
su santa resignacion.
Él te guarde en el poder
largos años...

ABD-EL. (Al ver á Muslin cerca de la puerta le llama presurosamente y como despertando de un sueño; despues termina su frase con desaliento. Transicion.)
Muslin!... Nada

fué una lucha ya pasada;
vé y no tardes en volver.

ESCENA IX.

DICHOS y ALFONSO.

ALF. Tente...
MUSLIN. (Ap.) Que es esto?
ABD-EL. Él cristiano...
como te atreves?...
ALF. Señor
de duelos soy portador
á tu ánimo soberano.
De tí exijo una entrevista;
pero para ello es urgente
que el Muslin se halle presente.
(En voz baja el kalifa.)
(Y sin perderle de vista.)
ABD-EL. Muslin...
MUSLIN. Ve que mi tardanza
de Alá retrasa el castigo.
ABD-EL. Detente, Muslin amigo...
tiempo hay para la venganza.
Habla tú, Alfonso, mas cuida
ser breve: tengo delirio,
y si dura este martirio
acabará con mi vida.
ALF. Pues bien, por tu hijo Abdallah
anoche insultado fuí
y todo un plan concebí
de venganza...
ABD-EL. Basta ya!
ALF. No me culpes en mi ardor...
Si él dió de locura indicio
hacerle yo un beneficio
hoy fué mi anhelo mayor.
Supe que justo en exceso
eras, temí por su vida,
y hasta la torre escondida
llegué donde estaba preso.
Quise que fuera empleada

para consolar á un triste,
y la alhaja que me diste,
hasta allí me abrió la entrada.
Queria hacerle escapar
de tu justa indignacion
disfrazado y la prision
en lugar suyo ocupar.

ABD-EL. Y él...

ALF. Pude hablarle un segundo...

ABD-EL. Cómo!...

ALF. Al lleger á su lado
me entregó un pliego cerrado,
y pálido, moribundo...

ABD-EL. Mi hijo!

MUSLIN. (Ap.) Qué desgracia encierra
esa narracion?

ALF. Humano
me tendió despues la mano
y cayó difunto en tierra!

ABD-EL. Oh!

ALF. Cumplió su aciaga suerte
tomando un veneno activo...

ABD-EL. Él muerto y yo sigo vivo!...
dónde se oculta la muerte!...
(Despues de un instante de fria desesperacion exclama con impaciencia.)
Mas dices que un pergamino
te dió!...

ALF. Este es!... (Entregándoselo.)

ABD-EL. Dios piadoso...
(Leyendo.) «Padre: ciego y ambicioso
cumplo mi fatal destino,
pero en mi instante postrero
tu bendicion, padre, exijo;
no se la niegues al hijo
que se castiga severo.
Cercano á mi aciago fin
sabe que á él soy arrastrado
por el influjo malvado
que en mi alma ejerció Muslin.
Él urdió la infame trama
encaminada á perderte...

Entre la vida y la muerte
lo jura el hijo que te ama!»
(Declamando.) Y él mismo quiso impulsar
mi justicia á su capricho.

MUSLIN. Repara, emir...

ABD-EL. Tú lo has dicho,
ya no puedo perdonar.
Guardias! Ni qué me interesa
tu vida si Abdallah ha muerto?...
Tiembla al leon del desierto
que ve segura su presa.

ESCENA VII.

DICHOS y guardias.

MUSLIN. Yo temblar!

ABD-EL. Sujetadle,
pues rompo desde hoy su infame yugo,
y sin perder instante acompañadle
hasta que quede en manos del verdugo.

MUSLIN. Oh! Deten un momento
tu sangriento castigo temerario...
ni imploro tu perdon, ni morir siento;
pero que me oigas ora es necesario.
Cercano ya á la muerte
debo narrarte, emir, mi negra historia,
que no ha de sorprenderte
y se halla unida á tu esplendente gloria.
Tu visir Ibn-Ishak perdió la vida
á causa de tu enojo soberano,
y su alma dolorida
que le vengase encomendó á su hermano.
Ese hermano soy yo, yo que anhelante
tus fortalezas entregué á Ramiro;
yo que llegué de Córdoba delante;
yo que sordo al suspiro
de mi esposa infeliz, en cruda guerra
lancé tus pueblos pretendiendo herirte,
lamentando lo chico de la tierra
para insurreccionarse y maldecirte.
Á sangre y fuego dominar mis planes

conseguiste por fin y fuí vencido,
y volví á reposar de mis afanes
en el hogar querido.
Tras la lucha prolija
en él al penetrar miré ruinosa
é incendiada mi casa,
calcinado el cadáver de mi esposa
y vacia la cuna de mi hija.

ABD-EL. Fué junto al arrabal?

MUSLIN. Sí.

ABD-EL. (Ap.) (Qué me pasa?)

MUSLIN. Desde entónces, kalifa justiciero,
mi ódio se acrecentó; vestí el ropaje
de penitente, con que el pueblo entero
por santo me tomó; y á tanto ultraje
recibido de tí, conseguí ufano
á tu hijo Abdallah hacer que conspirara
para que vencedor te asesinara
ó vencido muriese por tu mano.
Mi objeto seguí fijo,
y hoy que logré lo que pedí inclemente
no siento perecer: diente por diente,
ojo por ojo, emir, hijo por hijo!

ABD-EL. Dios piadoso! Y es justo que él me arguya?
No! Tú debes morir desesperado...
(Mostrándole el pergamino.)
Mi hijo Abdallah por tí se ha suicidado,
en tanto que feliz vive tu hija...

MUSLIN. Vive!

ABD-EL. Sí, junto á mí creció dichosa.

MUSLIN. Y es Moraima?... Castigo soberano.

ABD-EL. Tu rabia vergonzosa
te la hizo siempre lamentar en vano,

MUSLIN. Pero tú eres clemente...
Verla y morir despues es mi ventura!

ABD-EL. Abdallah ha muerto en su prision oscura
y no le pude ver!

MUSLIN. Yo estoy demente.
Besar quiero sus piés, regar con llanto,
su mano, y á la muerte iré contrito...

ABD-EL. Mi hijo ha muerto maldito!

MUSLIN. Tu castigo feroz me causa espanto.
Pero no puede ser... aquí rendido
el duro suelo golpeará mi frente...
ABD-EL. Llevadle de una vez... Tú lo has querido.
Ojo por ojo, sí, diente por diente!

ESCENA VIII.

Al tiempo de salir MUSLIN, conducido por los guardias, entra BLANCA en escena.

BLANCA. Señor...
ABD-EL. Aquí Moraima!
MUSLIN. (Arrojándose á los piés de Moraima.) Hija querida!
BLANCA. Mi padre!
ABD-EL. Sí, tu padre, el asesino
de mi pobre Abdallah!
MUSLIN. Fatal destino!
BLANCA. (Apartándose de Muslin y arrojándose en brazos del kalifa)
Sólo es mi padre quien guardó mi vida.
ABD-EL. Tu justicia, Señor, venero ahora.
Llevadle!
BLANCA. (Á Abd-el-Rhaman.) Padre mio!
ABD-EL. Llora, Moraima, llora
y confunde tu llanto con el mio.

ESCENA IX.

ABD-EL-RHAMAN, BLANCA, ALFONSO.

BLANCA. (Despues de una pausa y como despertando.)
Pero ese hombre no está... ¿Dónde ha mar-
ABD-EL. Á la muerte! [chado?
BLANCA. Qué horror! No, es posible.
ABD-EL. Su castigo terrible
en nombre del Profeta he decretado
y se debe cumplir. El cuerpo inerte
de mi Abdallah pidiendo está venganza!
BLANCA. Mas tu perdon, señor, á todo alcanza;
venciendo tu rencor serás mas fuerte.
Si el Profeta le marca ese destino
sin compasion y con inícuo empeño,

Jesucristo murió en infame leño
y murió perdonando á su asesino.
Á su aliento divino
nació una religion, que es hoy la mia,
religion de piedad y mansedumbre,
que el Hombre Dios en su hora de agonía
estableció del Gólgota en la cumbre!

ABD-EL. Tú eres cristiana? (Con desaliento.)

BLANCA. Sí, Dios me ha inspirado,
y por Alfonso á Dios he conocido:
el amor la verdad me ha revelado
al despertar mi corazon dormido.

ABD-EL. Y os amais?

ALF. Ante Dios lo hemos jurado!

BLANCA. Mi pecho penetró la luz que emana
de la santa creencia, y á su fuego
comprender pude luego
que no hay más religion que la cristiana,
que el misterio del cielo nos explica,
y Fe, Esperanza y Caridad predica!

ABD-EL. Alfonso, ordena, suspende al punto
la ejecucion y vuelve aquí al instante:
huya lejos de mí; vivo ó difunto
no puede devolverme á mi hijo amante!

ALF. Voy, señor. (Sale.)

BLANCA. Oh, cuan noble te contemplo.

ABD-EL. Sí, que viva y que sufra con mi ejemplo
la voz de su conciencia aterradora,
como la sufro yo: nunca risueño
mire lucir la aurora:
persígale despierto y en el sueño
el recuerdo del hijo que he perdido,
y al morir perseguido y despreciado,
mi castigo verá que se ha cumplido
á su mismo dolor encomendado.

ALF. (Entrando.) Ya está libre, señor.

BLANCA. Gracias, Dios mio:
no causará su muerte mi desvío.

ALF. Ahora juntad las manos:
de la ciudad salid al sol naciente,
y en los reinos cristianos
no olvideis al kalifa de Occidente.

(Blanca y Alfonso quieren interrumpirle.)
Nada digais... En mi dolor profundo
dejadme abandonado en triste calma;
haced que vuestra dicha envidie el mundo;
solos dejad los duelos en mi alma.
Ois? Me llama el hijo que he matado...
De su muerte me acusa con delirio!...

BLANCA. Padre...
ALF. Señor...
ABD-EL Faltaba á mi reinado
la corona que hoy logro del martirio!
(Cayendo en brazos de Blanca. Cuadro.)

FIN DEL DRAMA.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro.	A. Vicente Perez.
Almeria.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	J Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. S. Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Onana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y P. de Moya.
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia

MADRID.

Librerias de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.